

máticas que le prestó Van den Eude; le preguntaba sus dificultades, pero evitaba cuidadosamente exponerle de nuevo el estado de su alma. No obstante estas desconfianzas, logró el médico por medios afectuosos captarse de nuevo la confianza de su discípulo.

—En tiempos pasados,—le dijo un día,—era también yo presa de dudas y contrariedades como las que os atormentan, y sé cuánto domina el ascendiente del hábito; aunque me he emancipado, me hallo inclinado á veces á este espíritu exclusivo que os inspira la convicción de ser los únicos poseedores de la verdad. Estudiando yo una noche, mientras cursaba en la Universidad de Leyde, hasta que se acabó la luz, ocurrió á mi espíritu, con la rapidez del relámpago, la siguiente cuestión: ¿Qué ha venido á ser este poder de la luz? Ha devorado,—me dije,—el fuego su alimento y se ha perdido en él todo: ¿acontecerá lo mismo con nuestra alma? Mis profesores me convencieron entónces de la idea de que la vida es un fenómeno de combustion.

—¿Y cuál sería entónces nuestra ventaja sobre los animales?

—Yo no os afirmo que deba existir tal ventaja, aunque es indudable. Tenemos más abundancia que los animales de los elementos más sutiles, por lo cual obran en nosotros poderosamente las sustancias calificadas de impalpables: el sonido, el color, la palabra.

—¿Se limita nuestro destino á elaborar y digerir el mayor número de elementos posibles?

—Sin duda.

—Nunca os creí tan egoísta,—contestó Baruch.